



AÑO 5. — No. 44. — Tomo 6.  
ABRIL DE 1942.

Rusia, la misteriosa y paradógica Rusia, ha sido el primer dique que ha encontrado en su avance implacable el dictador racista. Por vez primera sus fatídicas profecías se malograron, en el otoño de 1941, a las puertas de Leningrado y Moscú.

La Rusia soviética que había arrancado protestas universales de indignación al sumarse a Hitler en la invasión de Polonia; la Rusia soviética, que había llegado a convertirse en irrisión de los pueblos libres en su fracasada invasión a Finlandia, ha mostrado, una vez más, su capacidad de resistencia, ha probado, una vez más, que sus estepas son una sima peligrosa para los soñadores imperiales de Centroeuropa.

En un arranque que hizo pensar un momento en el sino napoleónico, al cubrirse de nieve los campos de vasto imperio euro-asiático, los moscovitas han iniciado una implacable ofensiva de invierno. Estos son los hechos reales; los únicos hechos gloriosos y sorprendentes, en medio de una inmensa literatura de patrañas con que en los últimos meses se han dorado los éxitos de Stalin.

El espectáculo de Rusia vencedora ha constituido para los aliados una válvula de escape, un refugio espiritual en medio de las amarguras del aniquilamiento de la escuadra del Pacífico y la pérdida de las posesiones riquísimas y los estratégicos baluartes del Extremo Oriente.

Nosotros hemos participado de esa fluctuación de afectos; amarguras, desengaños, ilusiones y esperanzas. Y nos explicamos perfectamente que hombres de las más variadas ideologías hayan sentido una repentina explosión de simpatía por la Rusia que se sacrifica, lucha, muere y vence.

Por eso mismo es oportuna y aun necesaria una sosegada meditación sobre este flujo espontáneo e incontenible de afectos.

En la Universidad de Caracas formulaba recientemente un estudiante de abo-  
lengo conservador: "¿Qué han hecho las naciones capitalistas? Dónde están los ingleses y los yanquis? La Rusia de Stalin es la única que ha sabido sacrificarse y luchar heroicamente; lo cual quiere decir que la esperanza de las democracias está cifrada en la Rusia de Stalin. Ni el totalitarismo, ni el capitalismo; el porvenir es del comunismo".

**Rusia**  
**¿la esperanza?**

Vibra en estas expresiones, en forma cruda y en actitud violenta, una idea que están explotando sagazmente los órganos comunizantes de la prensa caraqueña; y a ellos, en primer término, y a todos nuestros lectores dirigimos estas reflexiones en un momento de la historia en que la serenidad y la justa valoración de los sucesos es particularmente difícil.

Es injusto decir que Inglaterra no ha hecho nada en la presente contienda. Al derrumbarse Francia se enfrentó y luchó sola contra el victorioso dictador racista.

La resistencia rusa no es un mérito de su constitución soviética: la capacidad de resistencia es viejo patrimonio del pueblo ruso patentizada en numerosos hechos históricos. Mucho más característicos de la mentalidad soviética fueron la cobarde invasión de Polonia y la fracasada invasión de Finlandia, que se han olvidado con excesiva indulgencia.

Tampoco es ni culpa ni gloria del Soviet la ofensiva de invierno de las tropas moscovitas. El Secretario Knox alertaba recientemente a los periodistas norteamericanos sobre la eficacia relativamente exigua de esta cacareada ofensiva. Si nos atuviéramos a las informaciones de las agencias bolcheviques habríamos de creer que los soldados de Stalin en su victoriosa carrera se habían precipitado hace tiempo en aguas del Atlántico por las rocas del cabo Finisterre. Hace un mes se anunciaba el cerco de las tropas nazis de la Staraya Rusa. Los cincuenta mil nazis cercados allí han resultado los seres más milagrosos de la historia. Hace un mes se los está exterminando a diez mil muertos por día; lo cual supondría que habían alcanzado el prodigio de la resurrección por seis veces consecutivas. No se ha roto el cerco de Leningrado, ni se han rendido Kharkow, Orel y Smolensko.

La victoria rusa no puede suponer esperanza de ningún género para las democracias; porque Rusia —como se repitió hasta la saciedad de los días del ataque a Polonia y Finlandia— es agudamente totalitaria.

Hay además, y es lo más trascendental en la cuestión que tratamos de excluir un gravísimo equívoco en consagrar un régimen político por sus triunfos militares. Si el soviético fuera bueno, porque sus tropas luchan y triunfan, el nazismo sería excelente porque sus soldados son esforzados y vencen; el sintoísmo japonés sería maravilloso, por que sus adeptos combaten heroicamente y vencen.

En estos momentos de pavorosa incertidumbre, cuando la mano de Dios, como otrora en los días de Atila, castiga tal vez a los menos malos con el látigo de los más perversos, Rusia no puede constituir "la esperanza de la civilización occidental". Rusia, la Rusia soviética, Stalin y la Tercera Internacional podrán ser en las manos de Dios y por un momento, un instrumento providencial de sus misericordias, pero ideológicamente están entre los paganos, que tratan de ahogar en sangre la civilización cristiana.

Atención a los que de la campaña rusa están haciendo arma fácil de propaganda comunista.

No tenemos porqué conceder a Hitler un nuevo portento: el haber convertido repentinamente a Stalin, por la magia de la agresión a U. R. S. S., en salvador de la cultura occidental.

